

# Los primeros pasos de Caín

Abilio Estévez

Acaba de aparecer en La Habana, publicado por ediciones Unión, un libro que ha suscitado una agitación inusual. Se trata de *Sobre los pasos del cronista. (El quehacer intelectual de Guillermo Cabrera Infante en Cuba hasta 1965)*, escrito a cuatro manos por dos jóvenes recién graduados de periodismo, que no rebasan los veintiséis años, Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco.

El libro ha sido atacado y defendido con similar vehemencia. La mayoría de las embestidas, sin embargo, se han realizado desde el prejuicio y la ignorancia, sin haber leído el libro, por la simple sospecha de que en Cuba aparezca un estudio sobre un escritor que, hasta el presente, la cultura oficial ha mantenido proscrito. Incluso *El País* publicó la breve diatriba de un vehemente, irascible y mal informado Fernando Savater que, como reconoce no haber leído el libro, sólo denuncia la manipulación de una dictadura en su publicación y la ausencia del testimonio de la esposa del escritor, Miriam Gómez.

Se entiende, por supuesto, que la aparición de este título suscitara suspicacias inevitables. En rigor, podía parecer cuanto menos dudoso, que un libro publicado en Cuba pretendiera recoger el ejercicio germinal de periodismo y literatura de uno de los más grandes narradores cubanos de todos los tiempos, sin que se publicara antes su propia obra y se le silenciara hasta el punto de la entelequia. Un escritor que en Cuba ha brillado por su ausencia (nunca mejor dicho), al que se ha intentado mantener, casi por decreto, fuera de la cultura cubana. Un escritor irreal que para los

---

Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco: *Sobre los pasos del cronista (El quehacer intelectual de Guillermo Cabrera Infante en Cuba hasta 1965)*, Ediciones Unión, La Habana, 2010.

escritores de la isla (los más naturales que debía tener) sólo encarna al modo *underground* del préstamo y del intercambio. Un escritor cuyo nombre ni siquiera aparece en el infortunado *Diccionario de la Literatura Cubana* que hacea ños preparó el Instituto de Literatura y Lingüística.

Es fama, incluso, que en ciertos círculos oficiales suele (o quizá solía) hablarse de los dos premios Cervantes cubanos, Alejo Carpentier y Dulce María Loynaz, como si Cabrera Infante no fuera tan premio cervantes y tan cubano, ambas cosas con idéntica justicia.

Y es que si en cualquier caso es grave la prohibición de un autor, en este caso resulta doblemente grave, puesto que Cabrera Infante es de los narradores más brillantes y más «habaneros» (si esto es posible): llevó a feliz término, como nadie antes ni después, una indagación literaria del habla del cubano, o del habanero, como él prefería decir. Y esto, aunque de por sí es mucho, no implica, como ya sabemos, que el valor de Cabrera Infante termine en una simple búsqueda lingüística. Nos descubrió además una forma de narrar y nos reveló la *terra ignota* de la noche habanera, de cierta noche habanera, con sus insomnes ingeniosos, sus bebedores cultos, sus singulares cantantes de vozarrones espléndidos y sus desengañados boleros de *jukebox*.

Estamos tan acostumbrados a las maniobras y las malas artes del poder categórico, a sus mañas y artimañas, que en un primer momento no parece posible comprender una simple verdad: que los tiempos cambian, que incluso el poder absoluto no posee el absoluto control de algo tan fatal como el paso del tiempo. Sólo hasta cierto punto el poder puede manipular el discurso a lo largo de tanto tiempo. Sumergidos en el hastío, la fatiga y la desesperación que provoca una situación de apariencia inmóvil, casi no nos damos cuenta de una verdad tan evidente, que subrayarla parece incluso una vulgaridad: el tiempo pasa y transforma la realidad con esa forzosa tozudez de los años y las cosas. Y entre las transformaciones, se halla sin duda la visión y la curiosidad de una nueva generación que busca y encuentra sus necesidades, su propia ala, su propia raíz, los apoyos que necesita y la bitácora propia con la que orientarse. Una generación que felizmente se desprende de innumerables presupuestos.

Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco tenían alrededor de veintitrés años cuando comenzaron su excelente trabajo de tesis para la carrera de periodismo. Es ya de por sí sintomático que entre todos los escritores posibles, cubanos o no, eligieran los años de formación de lo que para ellos debía ser poco menos que un fantasma. Y, en el caso de Guillermo Cabrera Infante, de un fantasma peligroso. Los mismos autores reconocen en una nota de presentación que en su comienzo, el libro fue ante todo «un pretexto para leer más *a y de* Guillermo Cabrera Infante».

El resultado es esta especie de «retrato del artista adolescente» (y más allá de adolescente) que obtuvo el premio de ensayo «Enrique José Varona». Casi cuatrocientas páginas muy amenas, bien escritas, de una labor exhaustivamente documentada no sólo en el material publicado en la época sino además en entrevistas a contemporáneos de Cabrera Infante (dentro y fuera de Cuba), que abarca desde la llegada a La Habana del futuro escritor, procedente de Gibara, hasta el día de octubre de 1965 en que abandonara la isla para no regresar. Una etapa precisa que no fue elegida por capricho, sino porque les permitía a esos estudiantes de periodismo que entonces eran los autores del ensayo, la indagación de primera mano, el rastro de bibliotecas y documentos, la exploración de huellas y rastros, el testimonio y la atmósfera espiritual.

Y el resultado es este hermoso libro que describe, considera y agasaja. En él está todo el material iniciático: las reuniones en la humilde casa de la calle Zulueta, en torno a la figura atrayente de Zoila Infante, madre del escritor; su formación como narrador; su trabajo de periodista en la revista *Carteles*; su magnífica y perdurable crítica de cine; la creación de la cinemateca de Cuba; el triunfo revolucionario; la creación del periódico *Revolución* y su semanario artístico-literario, *Lunes de Revolución*, hasta la clausura de éste en 1961, tras las «Palabras a los intelectuales», de Fidel Castro. Diecisiete capítulos y un colofón, que sirven a Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco no sólo para explorar los primeros pasos de Cabrera Infante, sino para ofrecer, además, la visión de toda una época.

Sé quiénes son los autores. Sé que recorren La Habana día a día en busca de tantas cosas perdidas. Quieren encontrar un destrui-

do mural del pintor Acosta León; remueven el polvo, las ruinas, del caserón de los Borrero, en aquel Puentes Grandes a donde un poeta modernista llamado Julián del Casal llegaba en el tren que salía desde la avenida Carlos III; se acercan a la ventana que permitió el suicidio de Olga Andreu; preguntan por los otros pasos habaneros de Reinaldo Arenas; se van a Mantilla, a la quinta de Juan Gualberto Gómez, también conocida como La Ciudad Celeste; quieren saber sobre la vida persistentemente insomne de Virgilio Piñera. Nada escapa a la curiosidad de Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco. Y como buscan, encuentran. Y como encuentran, tenemos mucho que agradecerles ©